

Seis lecciones sobre el «Después»

FRANCOIS SETTEMBRINO

FERMA, FEDERATION EUROPEENNE DE RISK MANAGEMENT ASSOCIATIONS

Después del 11 de septiembre de 2001, de infausta memoria, los medios, los políticos y todo el mundo se han puesto de acuerdo para decir que nada será igual. A continuación hacemos algunas reflexiones parciales, en los dos sentidos, sobre este cambio anunciado. Como sucede en todos los cambios históricos, habrá que esperar por lo menos meses e incluso años para medir sus efectos profundos. Como de costumbre, las posiciones van a cambiar en función del observador y su concepto filosófico, político o científico... En comparación y como confirmación, incluso admitiendo que mayo del 68 fue uno de esos famosos virajes, sus actuales exegetas no se han puesto de acuerdo todavía ni sobre sus causas ni sobre sus consecuencias.

PRIMERA LECCIÓN

La percepción del riesgo pasa casi siempre por su magnitud, hasta tal punto que cuánto mayor sea la envergadura de las dimensiones de un daño, posible o plausible, provoca más acciones y reacciones rápidas y concretas. Los mejores ejemplos son los llamamientos a los dueños de los vehículos a los que los constructores acuden de vez en cuando para corregir un fallo, real o supuesto. Sobre todo, no se quiere correr el riesgo de *accidentes repetidos y se llama, según el caso*, a millares, decenas o centenas de millares de vehículos para corregir dicho fallo. Los aviones van equipados con varios circuitos de control (más de 3 en los modernos Airbus), porque la caída de un solo avión es percibida como una catástrofe por el ciudadano de a pie. Para convencerse, basta con pensar en la rapidez de reacción que ha permitido corregir ciertos fallos del Concorde después del famoso accidente y volar de nuevo como avión de línea.

La dimensión del daño no es la única clave de su percepción: además hace falta un buen análisis

del contexto. Veamos un ejemplo: estamos en vacaciones en la montaña y de repente, al circular por una carretera en pendiente, nuestro vehículo emite una serie de ruidos. De repente nos asalta la prudencia de un indio, controlamos la eficacia de los frenos y nos dirigimos lentamente al taller más próximo. Cuando, a la mañana siguiente, vamos a recoger nuestro vehículo, nos enteramos con satisfacción que el ruido sospechoso estaba causado por una piedra que se había metido en un extremo de la carrocería.

Durante el ataque a la Torre Gemela, los servicios de seguridad creyeron, naturalmente, que era un accidente. En ningún rincón de su cerebro contenía, ni siquiera como hipótesis, la posibilidad de un acto premeditado. Sobre la base de un análisis tan simple, dieron a los ocupantes de la otra Torre el consejo de permanecer en sus puestos, sin evacuar. Afortunadamente pocos les escucharon, pero seguramente entre las víctimas están algunas que siguieron esas instrucciones, para su desgracia.

La primera percepción, la del accidente, cambió inmediatamente según se iban desarrollando los acontecimientos, con el horror y la incredibilidad

agravados por la evolución de la catástrofe, que se iba ampliando de minuto en minuto hasta el hundimiento total. Ante los ojos de todo el mundo, la dimensión de la catástrofe había alcanzado lo imposible. El terrorismo, pues ya sabíamos que se trataba de un acto terrorista, se percibía ya como una amenaza difusa de un carácter tan enorme que era necesario declararle la guerra, el fácil camino emprendido inmediatamente por el señor Bush.

SEGUNDA LECCIÓN

La nueva dimensión del riesgo se ha convertido ya desde hace tiempo en planetaria. El combate por un orden económico-comercial a nivel mundial ha engendrado una reacción igualmente mundial. Globalizadores y antiglobalizadores se enfrentan no sólo en el campo del comercio, sino sobre todo en lo que permite y regula el comercio. El ataque a las Torres Gemelas se desarrolló en pleno día y sin ninguna reacción: nadie había visto nada y nadie sabía lo que se tramaba en la sombra. El tema Ben Laden sólo surgió después, y todo el mundo se dio cuenta de que lo que había sucedido en Estados Unidos podía suceder en cualquier otro punto del globo. ¡Y los Estados Unidos declararon la guerra al terrorismo! Pero nadie ha declarado todavía la guerra a los otros riesgos planetarios, de los que conocemos algunos: el agujero de ozono, la lluvia ácida, la contaminación en todos sus aspectos y los que discutimos cada día. En este aspecto, los guardianes de la paz antiterrorista, los americanos buenos como Dios manda, son los peores alumnos del planeta, porque temen que las limitaciones y restricciones que puedan surgir no sean buenas para su economía.

No obstante, y siempre a nivel planetario, como el que no quiere la cosa se han ido produciendo diversas catástrofes.: contaminación de las aguas superficiales, de las capas freáticas, atentados a la calidad del aire, derretimiento de los glaciares,

agresiones con productos químicos. Y otras catástrofes mayores nos amenazan como otro posible Chernobil o las mareas negras. Por poco que se aceleren estos procesos, las catástrofes se convertirán en algo normal. Como una catástrofe exige siempre un estado de excepción, podríamos temer que el estado de excepción se convierta en la norma de nuestra sociedad. Eso hará que se amplíen las reglas drásticas de prevención/protección. Todo deberá ser vigilado, controlado y re-controlado hasta el punto de que nuestras reglas democráticas apenas podrán sobrevivir.

Pero quien dice control a ultranza dice también corrupción a ultranza, pues el uno nunca va sin la otra. Incluso las reglas serán consultadas con la ayuda de los científicos, pero como los «expertos» están cada vez menos de acuerdo entre sí, el resultado podría ser el juego de la ruleta. Todos corremos el riesgo de convertirnos en los cobayas de algún nuevo Lyssenko que estará actuando entre bastidores.

TERCERA LECCIÓN

Riesgo, amenaza y vulnerabilidad son tres conceptos relacionados entre sí pero que no se superponen. El riesgo es el motor del progreso. ¿No se dice que el peor de los riesgos es el de no correr ninguno? El progreso del hombre y de la humanidad se debe pues a la aceptación sucesiva de riesgos, lo que a nivel mundial ha dado buenos resultados. Pero esta afirmación sólo es verdad hasta cierto punto, pues sería necesario que la aceptación del riesgo o su negación, lo que es lo mismo, no se convirtiera en amenaza. En todos los casos en que no se ha tenido en cuenta una amenaza subyacente o, lo que es peor, se ha desechado voluntariamente, las cosas han salido mal. Recordemos algunos escándalos sanitarios recientes, como la sangre contaminada, las vacas locas. El tema de las dioxinas o la explosión del Challenger al poco de despegar, también están ahí para recordárnoslo.

Otra dificultad del tiempo presente es que al estudiar, o mejor al trabajar con lo infinitamente pequeño (los chips electrónicos y sus redes, los genes y su manipulación, la toxicología cada vez más fina, etc) o con lo infinitamente grande (el espacio, el tiempo, la cosmología), abandonamos el campo de las percepciones naturales, es decir, las de nuestros sentidos, para entrar en el de la técnica. Allí las cosas son distintas, pues es necesario interpretar los resultados obtenidos por máquinas cada vez más sofisticadas, lo que hace que esa interpretación resulte a menudo eminentemente subjetiva.

Por ejemplo, se inflaman las discusiones sobre los peligros de las radiaciones electromagnéticas o el uso de los teléfonos móviles. ¿Cómo dar la razón a los que están a favor o en contra? La única respuesta un poco sensata podría ser la aplicación del principio de precaución, pero ese principio es difícil de aceptar y más difícil todavía de aplicar. Esta dificultad procede además del hecho de que nuestros antepasados consideraban el riesgo como algo extrínseco, que venía del exterior y contra lo que no se podía luchar. Con el «progreso» hemos añadido con toda naturalidad nuevos riesgos intrínsecos que van a afectarnos en la misma medida que afectan a los demás. Como individuo, hecho pestes contra los embotellamientos del tráfico, pero contribuyo a ellos. Soy víctima de la contaminación, pero también soy causa en cierta medida. Nos podemos defender fácilmente contra un agresor exterior, pero contra nosotros mismos es mucho más difícil.

Entonces, ¿dónde está la amenaza? Está, insidiosa, por todas partes: en el aire, en el agua, en lo que comemos, en lo que producimos. Sólo en Francia podemos nombrar varios centenares de instalaciones, en su mayoría industriales, que plantean amenazas de muy diversa índole. La lista, de la que nadie sabe si es exhaustiva, surgió tras la explosión de Toulouse.

Por ello, se plantea la cuestión de la vulnerabilidad, y ahí el problema puede dar la vuelta. Recorriendo el Escout no muy lejos de Anvers, en Francia, nos damos cuenta de que se han cons-

truido unos edificios sobre sólidos pilotes de hormigón. Si el río se sale de cauce, la vulnerabilidad de esos edificios es poca o incluso nula. La Abadía del Gran San Bernardo resistió en febrero de 1990 vientos de casi 270 km/h: ¿en verdad estaba bien construída! Por el contrario, las casas imprudentemente construídas en zonas inundables, a menudo con la autorización un poco a la ligera de las autoridades, se han visto dañadas o arrastradas por crecidas importantes. Si los riesgos y las amenazas subyacentes están presentes en todas partes, no sucede lo mismo con la vulnerabilidad. Por lo general la vulnerabilidad está en proporción inversa a las medidas tomadas antes de que la amenaza se haga realidad. La historia es pródiga en tragedias en las que los túneles de carretera y los funiculares, entre otros, son buenos ejemplos.

CUARTA LECCIÓN

Hablemos un poco de las aseguradoras. Para algunos, el «después» se ha convertido en una pesadilla. En primer lugar, por el choque psicológico de la catástrofe, pues ser aseguradora no quiere decir que se sea insensible. El señor Bush dio el tono, un poco impulsivo, transformando el ataque de los terroristas en un acto de guerra, una guerra de nuevo estilo, la del Bien contra el Mal. En un primer momento, muy breve, algunas aseguradoras se dijeron que, en ese contexto probablemente no habría problemas de cobertura.

Pero después llegó el tiempo de la reflexión... conocimos una experiencia parecida en Bélgica tras el incendio de los almacenes Innovation. La dimensión de la catástrofe fue muy inferior a la de Nueva York, pero su impacto sobre los espíritus fue enorme. Aunque las aseguradoras hubieran podido posponer el pago de indemnizaciones a las víctimas hasta un juicio complicado y lejano que fijara las responsabilidades, prefirieron no manchar su imagen y proceder al pago de los daños. En Nueva York han reaccionado de la misma

manera, anunciando inmediatamente su voluntad de intervenir. Sin embargo, las entidades en juego son colosales y nada impedirá que alguna otra de las aseguradoras no se solidarice.

Lo que las aseguradoras saben es que cualquier cantidad que deban desembolsar las dejará más frágiles o las conducirá incluso a la quiebra. Y lo que también saben es que la suerte les ha dado la ocasión de oro de construirse un bonito futuro, aumentando por fin las primas. Y todavía mejor saben que su futuro dependerá cada vez más de la actitud de las reaseguradoras. Deben evitar a toda costa que sus futuros contratos no concedan coberturas que no sean conformes a los tratados de reaseguro. En caso contrario, y en cuanto aseguradoras directas, deberán cubrirse a sí mismas sin protegerse con ningún reaseguro. Esto no va a ser sencillo de poner en práctica, porque la expresión por escrito de lo que cubre y lo que no cubre el seguro dista mucho de ser sencilla.

QUINTA LECCIÓN

También las reaseguradoras han dado ya el tono. Los contratos de reaseguro normalmente dan cobertura por acontecimiento. Pero ¿el ataque a las dos torres es uno o dos acontecimientos? El debate ya está en la calle y no se resolverá hasta que se agoten todas las acciones de la justicia y los sucesivos recursos o se llegue a un acuerdo amistoso. Como los contratos que cifren las torres no habían sido emitidos todavía y los intereses en conflicto son muy complicados (el arrendador, los arrendatarios, los propietarios y otras partes), con cantidades aseguradas probablemente insuficientes, ¿cómo se van a repartir las indemnizaciones? No se puede iniciar ni el menor reparto sobre la base de la hipótesis de un solo acontecimiento, porque la justicia puede decir después que son dos. Toda esta confusión no es más que un aspecto muy pequeño de la gran confusión ante la que se encuentran las reaseguradoras y por consi-

guiente las aseguradoras y coaseguradoras, sin olvidar a los corredores y otros consultores que tienen una responsabilidad en el problema. Además hay otras pérdidas directas e indirectas: los accidentes de trabajo, los planes de pensiones, los seguros de accidentes, los aviones destruidos y todas las formas posibles de pérdidas de beneficios. Más complicadas todavía son las investigaciones de las responsabilidades; dado su estado de ánimo, los abogados van a tirar contra cualquier cosa que se mueva, como han hecho ya los de los pasajeros muertos en los aviones utilizados como bombas, que se han lanzado contra las compañías aéreas.

A primera vista se podría creer que ya nadie querrá ser asegurador. En efecto algunos van a sufrir terriblemente y otros incluso a desaparecer. Pero las desgracias actuales hacen prever un periodo de vacas gordas, en el que las aseguradoras podrán exigir primas claramente más altas, como se ha visto ya en las enormes cantidades de capital que se presentan para aprovechar la oportunidad. También las reaseguradoras afilan sus armas: se va a estudiar mejor el riesgo de terrorismo, con o sin ayuda de las autoridades, y se va a estudiar mejor el riesgo de guerra o de lo que la sustituya, disminuyendo las coberturas y los límites de intervención en todos los contratos relacionados con este hecho y aumentando las primas. En contrapartida, se va a hilar más fino en las cláusulas de exclusión y en su redacción. El producto o productos resultantes asombrarán a más de uno. Tras una rescisión más o menos ciega por parte de las aseguradoras directas, los contratos se encontrarán con nuevas exclusiones, el rechazo de algunas coberturas, límites de garantía muy bajos y, sobre todo, incrementos de las primas, que a veces superarán lo imaginable. Y eso para los contratos con renovación tácita, pero que no resultarán mejor para los demás, excepto que el calendario se pueda demorar.

Hay otros temas que se van a revisar y habrá todavía más, pero ya se nota cierto malestar. ¿En quién confiar, cuánto vale una relación de larga

duración, cómo hacer frente a la falta de cobertura cuando ésta se produce? Si además las reaseguradoras empiezan a segmentar sobre la base del sector y de la actividad, o de la distribución geográfica de la empresa cliente así como de la cantidad que quiera cubrir, se abre la puerta a consecuencias peligrosas. Algunas aseguradoras no cubrirán más que una parte de sus riesgos o por cantidades insuficientes y otros incluso ni se cubrirán por ausencia de respaldo del reaseguro.

SEXTA LECCIÓN

Es cierto que actualmente la atención se concentra sobre todo en la principal exclusión del terrorismo. En este aspecto, Estados Unidos está en primera línea. De hecho, y la frontera sigue siendo muy difícil de trazar, los actos de terrorismo de Estados Unidos se parecen a una guerra ideológica, puesto que han afectado a la vez a la ciudad más activa, el centro de los poderes financieros y sus inmuebles-fetiches, y al centro neurálgico del primer ejército del mundo. La respuesta ha tomado también el aspecto de un guerra, guerra contra el régimen talibán pero al mismo tiempo guerra que ha masacrado de paso a un país que ya estaba medio destruido. Antes o después, si se produjeran de nuevo otros hechos comparables, volverá a plantearse la discusión de saber qué es el riesgo de guerra, cómo interpretarlo y cómo se conjuga con el de terrorismo. Todo ello promete dolores de cabeza a los redactores de los contratos de seguro y de reaseguro y sin duda dará lugar a bastantes litigios.

Mientras tanto, la exclusión del riesgo de terrorismo va a buena marcha en Estados Unidos, pero con bastante desorden. De un estado a otro el término «terrorismo» varía enormemente. De ahí que la mínima exclusión no tendrá el mismo sentido en un rincón del país que en otro ni entre las distintas aseguradoras. La materia se complica en cuanto a los techos de cobertura disponibles. Pero lo que es cierto es que esos techos apenas

van a satisfacer a las grandes empresas o a los que tengan necesidad de asegurar grandes cantidades, lo que deja poco margen de maniobra a los aspirantes. O bien viven sin seguro, soportando ellos mismos el riesgo, o suscriben coberturas independientes, a menudo insuficientes, a precio de oro.

Las autoridades se muestran impotentes para poner un poco de orden, pues los responsables de los seguros no son unánimes en sus planteamientos. Muchos esperaban que el Congreso hubiera aprobado una ley que atribuyera la última cobertura al Estado, pero esa esperanza se ha visto incumplida. Si se trata de un olvido provisional o definitivo, nadie lo sabe, aunque algunos piensan que si no se produce otro ataque similar en un próximo futuro, el Congreso no se moverá. Algunas empresas se ponen de acuerdo para estudiar si con los grupos de retención se podrían encontrar mejores soluciones. Los agentes y corredores se debaten entre dudas, el mundo de los contratos cautivos está en plena ebullición, pero donde peor resultan las cosas es en el terreno del reaseguro.

En Europa, la situación no es muy distinta. Algunos países como España o el Reino Unido ya tienen soluciones, pero que distan de ser perfectas. Limitando nuestro examen al caso inglés y al Pool Re, que surgió tras los atentados terroristas del IRA, diremos que presionado por las grandes empresas, el Gobierno admitió revisar su posición de reasegurador último del Pool. Si se alcanza alguna solución a primeros de marzo, se ha acordado que sea retroactiva al primero de enero de 2002. Pero algunas aseguradoras querrían que se aprovechara para revisar la definición de terrorismo, ampliándola.

Además, después de que algunas aseguradoras excluyeran totalmente de sus contratos el terrorismo, hay distorsiones en las coberturas y en el concepto de exposición del Pool. El Gobierno se aparta de esta situación, al razonar de la siguiente manera: «Puesto que el interés de los asegurados lo requiere y el mercado del seguro no aporta una respuesta satisfactoria, el Estado puede de-

ESTUDIO

sempeñar el papel de reasegurador. Por el contrario, si el mercado no ofrece nada, el Estado tampoco lo ofrecerá». Las grandes empresas y la AIRMIC, Asociación de Gerentes de Riesgos Británica, se declaran afectadas y expresan sus quejas. Como su peso es importante, seguro que obtendrán alguna solución.

En Francia se están produciendo maniobras parecidas y las empresas, así como la AMRAE, Asociación de Gerencia de Riesgos Francesa, están apelando a las aseguradoras y a las autoridades. Y lo mismo en Alemania. No nos hagamos ilusiones: las aseguradoras y reaseguradoras son muy poderosas en estos países, y también las empresas. Sin embargo, debemos lamentar dos cosas: primera, que los países pequeños sigan siendo huérfanos. Sus empresas cuentan cada vez menos ante los gigantes, sobre todo desde que las grandes industrias y aseguradoras han pasado a manos de las grandes multinacionales

extranjeras. Su autonomía local y su peso en la esfera pública son cada vez menores. Probablemente no pueden contar con una solución a la inglesa. En segundo lugar, debemos lamentar que Europa no se haya puesto a buscar una solución a nivel continental. Es, cuando menos, paradójico que, habiendo una moneda única, no haya ni siquiera un embrión de respuesta a un problema que nos afecta a todos. ¿Es que los países más pequeños podrían encontrar juntos una solución común? Probablemente no ahora, por falta de tiempo y de medios, pero les queda la posibilidad de hacerse oír alto y fuerte ante las autoridades y las aseguradoras. Es necesario que algo se mueva, pues ese es el precio de nuestra tranquilidad. No sería normal que catástrofes de naturaleza similar a la de las Torres Gemelas dejaran víctimas bien o mal tratadas por las carencias locales debidas a la «geometría variable» de las autoridades de cada país.